



cés, sin emprender nada que demostrase genio militar. Este fué quien abrió la campaña, y aunque el éxito desgraciado de su primera empresa contra el campamento de Andaya debió hacerle más cauto, repitió sus ataques para recibir nuevas humillaciones á la vista de San Juan de Pié de Puerto y Croix de Bouquets. La corte nombró entonces para reemplazarle al conde de Colomera; pero tal vez hubiera sido tarde, áun para caudillo de mejores dotes. Moncey lo arrojó del Baztan obligándole á retirarse por el valle de Lerin; Dessein tomó los reductos de Vera; Muller se apoderó de San Marcial; se rindió Fuenterrabia y se entregó espontáneamente San Sebastian, halagados sus habitantes con la esperanza que les hizo concebir el representante de la convencion en el ejército, Pinet, de que se constituiria la provincia en república independiente. ¡Cuanto debieron recordar entonces los individuos del consejo de Aranjuez la prevision del conde de Aranda cuando decia que el reclamo de la libertad es muy poderoso para los pueblos! Gracias á que Vizcaya no siguió la conducta de Guipúzcoa, y que, haciendo un levantamiento en masa de toda la poblacion desde diez y siete hasta sesenta años, ofreció á Colomera los recursos que necesitaba para contrarestar á los franceses. La actitud que tomó todo el país y la desgracia de las tentativas ejecutadas sobre Pamplona, les obligaron á retirarse de Navarra á sus primeras posiciones; pero parte de Guipúzcoa quedó casi completamente bajo su yugo con la toma de Tolosa y Vergara.

La convencion no triunfaba sólo en España. Al terrible sacudimiento de la Francia, debido á la comision de salvacion pública, estremecieronse todas las naciones coligadas contra la revolucion, y la dictadura, ejercida á nombre de la libertad, preciso es reconocerlo, si no salvó entonces la libertad, salvó á la Francia. Cuando toda la Europa se levantaba contra ella y pisaba sus umbrales; cuando la hoguera de la guerra civil alumbraba á los coligados el camino de Paris; cuando la revolucion se encontraba sin ejércitos y sin recursos, ¿qué otra cosa hubiera podido salvarla y salvar á la Francia de un repartimiento si no es la dictadura?

Ella, es verdad, cubrió de luto á la sociedad entera anegando en sangre la república; pero, si es cierto que la revolucion llevaba en su seno los gérmenes de una regeneracion universal, y que es la Francia quien debia fecundarlos, apartar será forzoso los ojos de ese periodo de sangre y, respetando los designos de la Providencia, que guia á las naciones, pagar un tributo de admiracion y reconocimiento á la convencion nacional. ¡Asombro y maravilla causa aquel portentoso desarrollo de actividad y energia! Mientras Lyon era ametrallada, y sujeta Marsella, y rendida Tolon, y Caen ocupada, los vendeanos perdian en la jornada de Savenay sus mejores jefes, y con ellos sus más halagüeñas esperanzas; mientras los girondinos y los realistas apagaban con su propia sangre la guerra civil que habian encendido, los austriacos, derrotados en Hondstchoote, Watignies y Geisberg, se veian obligados á trasponer el Sambra, y los ingleses se retiraban de Tolon ignominiosamente, y los españoles luchaban en vano por forzar la barrera de Perpiñan para propagar la contra-revolucion. Esto en la primera campaña. En la segunda la república ya no se defendia, sino que se vengaba conquistando. Pichegru derrota á Clairfait y se apodera de la Holanda; Jourdan se abre en la batalla de Fleurus las puertas de Coblenza; en la frontera de los Alpes clavan atrevidos el estandarte republicano los jóvenes conscriptos; y los Pirineos los ven tambien arrojar á los españoles del Rosellon y perseguirlos dentro de su mismo territorio. Un año habia mediado solamente de la agonía á la salvacion: en 1793 la Francia se veia hollada por todas las naciones, y en 1794 es ella quien pisa con sus piés de fuego la Bélgica, la Holanda, el Paletinado, el interfluvio del Rhin y el Meusse, los Alpes y los Pirineos. ¿Quién obró este rápido cambio de fortuna? ¿Fué la simple fuerza material? No, que los ejércitos de la coalicion eran más numerosos. ¿Fué la superioridad militar? No, que á las masas aguerridas de los reyes, la república no opuso sino reclutas y generales inexpertos. ¿Fué el terror? Así lo han creído espíritus superficiales ó preocupados, que no han querido ver en el comité



de salvacion pública sino una cueva de tigres sedientos de sangre humana. Fué el terror y el entusiasmo; pero ni el entusiasmo ni el terror obraron entonces ni nunca en el mundo sino como instrumentos de ideas ó sentimientos, de creencias ó pasiones. El principio democrático, restituyendo la soberanía del pueblo, hasta entonces condenado al ilotismo; convidando á todos al manejo de la cosa pública, patrimonio ántes de unos pocos; conmoviendo la sociedad entera, agitando las pasiones, avivando los espíritus, ofreciendo un nuevo mundo social, lleno de poesía; hé aquí el fecundo manantial de entusiasmo que cubrió entonces el suelo de la Francia.

Las causas del terror ya las hemos señalado: fueron las conspiraciones de los emigrados, fué la coalicion de todos los reyes contra la república, fué la guerra civil, fué el peligro de la libertad y el peligro de la Francia. Fué, en una palabra, el instinto de propia conservacion, á todos comun, quien engendró la dictadura, que salvó á la Francia primero, para salvar ella despues la libertad.

Obsérvese, si no, la breve historia de su existencia: la dictadura nace en medio del comun conflicto de la libertad y la patria; crece con él hasta devorar á los mismos que la alimentaron, y sucumbe al punto en que el peligro ha cesado. Danton pereció por equivocar el instante en que debia finar la dictadura. La muerte de Robespierre, Henriot y sus compañeros es la que señala ese término dichoso del peligro, en que la Francia nada tiene ya que temer si no es de los dictadores. Rechazado el enemigo, los almacenes de la pólvora serian el único peligro dentro de una ciudad. Por eso mismo Roma condenaba al ostracismo á sus propios libertadores.

El gobierno español no supo apreciar estos hechos, pues creyendo que el suplicio de los dictadores era el anuncio de la postracion de la Francia y de una instantánea reaccion monárquica, en vez de concertar la paz, emprendió la tercera funesta campaña de 1795. En Cataluña no habian tenido suspension las hostilidades, porque la plaza de Rosas, sitiada por los franceses, despues de apoderados de Figueras,

supo resistir bizarramente dos meses de sitio, rindiéndose con honra cuando la defensa era imposible. La hábil extrategia del general Urrutia, formada en sus viajes por el extranjero, supo cortar el vuelo á las armas republicanas, á pesar de los esfuerzos que sus generales Perignon y Scherer emplearon para romper la línea de Fluviá y penetrar en el corazon de Cataluña. El príncipe de Castel-Franco, enviado en lugar de Colomera á Navarra, tambien supo rechazar todas las tentativas de Moncey para penetrar hasta Pamplona y conquistarla, con lo cual calculaba bien que sería fácilmente dueño de la mayor parte de la antigua España citerior. Pero no sucedió lo mismo en las provincias Vascongadas: por la costa y por el interior todo cede al ímpetu republicano, cayendo rápidamente en su poder Bilbao, San Sebastian, Vitoria y Miranda, sobre el Ebro. Abierta esta barrera, Madrid temió ver la bandera tricolor desde sus tapias, pues ninguna fortaleza podia ya cortar su marcha ¡y quién sabe si la paz de Basilea la libertó en efecto de esta humillacion en castigo de sus imprudencias!

Vencidas por la república todas las potencias coligadas, y no sólo vencidas sino amenazadas, apenas vieron inaugurado en ellas su sistema de templanza tras el terrorismo de Robespierre, se apresuraron á entrar en tratos amistosos, renunciando desengañadas á la esperanza quimérica de una conquista ó una reaccion. El rey de Prusia, que con el emperador de Austria sirviera de núcleo á la coalicion, fué el primero que firmó la paz con la Francia en Basilea (5 de Abril), quitando á otros monarcas el escrúpulo de negociar con una república, á la vista del hijo de su rey guillotinado.

La corte española obedeció á diferentes graves consideraciones al solicitar tambien, aunque de un modo indirecto, un tratado de paz. Las derrotas habian enfriado el entusiasmo, y ya no habia alistamientos voluntarios ni donativos, y el erario se veia en apuros. Se habian hecho dos empréstitos crecidos, uno el año anterior y otro en Marzo del corriente 95; y, á pesar de eso y del subsidio ordinario y extraordinario que el papa concedió sobre el clero de la península é Indias, al ir á pretender la paz,



era preciso contratar otro empréstito. Se aumentaron las contribuciones, sin reparar que como tantos sacrificios se perdían sin fruto, el clero, la nobleza, el pueblo, todos murmuraban. Añádase á eso que el grito de la libertad, según lo vaticinara el conde de Aranda, había encontrado eco en las clases medias, que eran las más ilustradas; y como no hay idea halagüeña que el hombre no tienda á convertir en hecho, hubo espíritus alucinados ó fogosos y poco circunspectos que, sin tener en cuenta el estado de la opinion general, ó contemplándola con su vista fascinada, proyectaron aplicar á España muchas ideas de la revolucion francesa. El gobierno sorprendió algunas cartas de estos ilusos, que discutían, no ya sobre el restablecimiento de la república iberiana, sino sobre la mayor conveniencia de la organizacion federal ó la unitaria. Súpose luego que había varias sociedades secretas en inteligencia con los clubs franceses; que una de ellas celebraba sus sesiones en un convento, compuesta en su mayor parte de clérigos y frailes; y que la de Búrgos tenía ya nombrados los diputados que debían salir á felicitar á los espedicionarios franceses. En Madrid mismo se vió con asombro á algunos jóvenes que se atrevieron á presentarse en las calles con el gorro frigio, y hasta á señoras de viso que convirtieron en gala la cinta tricolor, quizá por odio á la bandería dominante ó por oposicion á los gustos del vulgo, más que por convicción ó simpatía á las ideas de que era emblema. Todo esto, por insignificante que quiera suponerse, atendiendo al espíritu contemporáneo de la generalidad de los españoles, bastaba sin duda para atemorizar al gobierno, que, sin la fuerza que da la fé de alguna creencia, regía entonces los destinos de nuestra vieja monarquía.

Bajo la impresion de estas varias consideraciones se ajustó la paz de Basilea, representando á la Francia el ciudadano Barthelemy, que acababa de negociarla con el rey de Prusia, y á la España D. Domingo Iriarte, su ministro en Polonia. Reprodujo éste la peticion que había sido ya motivo de malograrse otras tentativas de arreglo, la de que se entregase á Carlos IV el hijo de Luis XVI, representándola

en los términos más nobles y que ménos recelos pudiesen inspirar á la república: «Si se nos diera á elegir entre los hijos de Luis XVI y el ofrecimiento de algunos departamentos franceses cercanos á nuestro territorio, optaríamos por los hijos de Luis XVI. Es, pues, preciso contar con oírnos hablar siempre de los que están presos en el Temple, sin que por eso dejemos de tener vivos y sinceros deseos de adelantarse la negociacion. En mis instrucciones se habla de tierras, de rentas, de pensiones. No nos detengamos en eso. Entréguense los hijos de Luis XVI sin condiciones. Sin ellas los recibiremos, si bien no podemos creer que el pueblo francés entregue á España esas criaturas desnudas, porque sabe lo que es honor.» La muerte del hijo de Luis, acaecida en estos momentos, vino á facilitar un arreglo que ambas partes deseaban, y al cual se oponía sin embargo el generoso empeño de Carlos IV de salvar á sus parientes de los peligros de que los veía constantemente amenazados. El 22 de Julio se firmó la paz por los plenipotenciarios, restituyéndose ambas naciones á la situacion en que se encontraban antes de emprender la guerra, salvo el sacrificio impuesto á España de la parte que poseía en la isla de Santo Domingo, como compensacion de las conquistas hechas por los franceses en Cataluña y las provincias Vascongadas, que serían restituidas.

Á pesar de eso, España supo con júbilo la conclusion de la paz, porque el rápido vuelo de las armas francesas en la última campaña la había atemorizado, y porque se había enfriado su entusiasmo al ver lo infructuoso de sus sacrificios. Algunos hubo, no obstante, que le dieron la calificacion de vergonzosa, que ciertamente no merece, si sólo se atiende al estado en que las cosas se encontraban al abrir las negociaciones. La parte española de Santo Domingo era poco productiva, y si era forzoso recuperar por rescate las pérdidas de la península, quizá nada podía sernos ménos sensible que tal cesion. La paz no fué ignominiosa; pero la guerra fué, como luego veremos, todo lo funesta que había predicho el sabio conde de Aranda, hácia quien se volvieron con respeto todas las miradas.



«Que la guerra era injusta, dice Godoy, pretendía probarlo por teorías generales y por principios absolutos, alegando que aquella guerra atacaba al primero de todos los derechos de que gozan las naciones, que es su independencia natural y política; que este derecho no pendía de las formas de sus gobiernos, ni de tales y tales jefes que estuviesen á su cabeza, sino que era intrínseco á las naciones, por las cuales, y en fuerza sólo de representarlas, le disfrutaban los gobiernos; que las revoluciones no eran nuevas, sino viejas y comunes en la historia de los pueblos; que el derecho de éstos de mejorar sus leyes y gobierno era innato y eterno como ellos; que de Dios venía el poder para todas las sociedades, como quiera que fuesen, monarquías ó repúblicas, sagradas igualmente bajo tal concepto; que en las disensiones internas de los pueblos no tenían sus vecinos más accion ni otros medios justificados de intervenir que los oficios amigables, cual conviene entre iguales; que toda pretension de obligarlos por las armas á admitir leyes y formas señaladas de gobierno era una violacion de los derechos natural y de gentes; que aún con ménos razon se podría emprender ninguna guerra para imponer á la fuerza la sumision á tal persona ó tal familia resistida ó desechada por los pueblos; que, siendo su deber como buen español y leal consejero, hablar verdad en aquel sitio, cual la concebía en su conciencia, no podía abstenerse de decir que la guerra contra la Francia no se hallaba fundada ni aún en pretextos ó apariencias de justicia, pues que tales no podían ser los intereses y los lazos de familia entre los príncipes, intereses y lazos buenos de mantener cuando estrechan los nudos de los pueblos, pero dañosos y funestos cuando rompen estos nudos y dividen las naciones; que, si bien era digno de alabanza el sentimiento natural que nacía del parentesco y piadoso deseo del augusto monarca que regía las Españas, de ver restablecida la corona que llevó en Francia su familia tantos siglos, mucho más loable debía ser que por un heroico sacrificio de sus afecciones más íntimas sometiese aquel deseo á la ley comun de las naciones y á la paz de los pueblos; que en las rela-

ciones naturales y políticas de las naciones había intereses y derechos más positivos y elevados que los derechos personalas de las casas reinantes; y que, en fin, conocer estos derechos, respetarlos y tenerse en los lindes de la moderacion y de la justicia, era más gloria para un rey que pretender vengar, á expensas de sus pueblos, un agravio de familia, que harlo estaba ya vengado por los triunfos que habían logrado nuestras armas.»

Después pasó á argüir que la guerra era impolítica. Sus razones principales fueron éstas: «1.ª Que el objeto de aquella guerra abría el camino para legitimar la introduccion de las potencias extranjeras en los negocios interiores de los pueblos, y que la propia razon que se adoptaba para combatir la república francesa podía servir á ésta para cambiar á su vez los gobiernos monárquicos, como ya de hecho se notaba en las medidas que la convencion había adoptado. 2.ª Que era poca cordura empeñar por más tiempo aquella guerra de principios, porque el grito de libertad era un reclamo mucho más eficaz sobre el oído de los pueblos que el clamor desfallecido de las viejas ideas de sumision y vasallaje por derecho natural y derecho divino. 3.ª Que además de estos dos inconvenientes, que trascendían á una multitud de sucesos y peligros posibles, el interés político de la España se encontraba comprometido por aquella guerra que auxiliaba los enemigos naturales de la Francia y de la España; que la sola nacion vecina suya, cuyo interés político fuese uno mismo con el nuestro, era la Francia; que arruinada y desmembrada y sojuzgada por las demas potencias, los Borbones de España y de la Italia se hallarían aislados, sin pesar más nada en la balanza de la Europa contra la ambicion insaciable del Austria y la Inglaterra. 4.ª Que para asegurar nuestro poder en el continente y en los mares, fué trazada la gran obra del *Pacto de familia*; que este pacto no intentaba ménos la prosperidad de los pueblos donde reinaban los Borbones, que el poder de estos príncipes; que los reyes y los gobiernos, cualesquiera que fuesen, podían cambiar por la suerte de los tiempos, pero que, siendo eternas las naciones, los intereses de éstas eran



siempre unos mismos; que en vez de guerrear contra la Francia y ayudar á su ruina, se la debía auxiliar contra las miras ambiciosas de Inglaterra y Alemania; que, combatida y enfrenada la Inglaterra largos años por el poder marítimo de España y la Francia unidas como dos hermanas, se gozaba aquélla en la idea de dividir las y apartarlas para siempre, y de destruir una tras otra sus marinas, poco había tan hoyantes, libre entonces de invadir nuestros mares de ambas Indias y de apropiarse su comercio; que, á la vista de tal peligro, puesta á un lado la cuestión de familia y de principios, más que nunca, en tal riesgo, se debía renovar la alianza de la Francia y la España; que la buena política sometía las repugnancias y las quejas al interés supremo del Estado; que en aquella guerra los gabinetes aliados iban todos á su provecho, mientras la España peleaba para daño suyo solamente; que un rey, en fin, cuya ambición no era otra que el bien de sus vasallos, no debía sacrificarlos á la esperanza, más que incierta, de reponer á sus parientes por la fuerza de las armas, ni dejar que la España se arruinase por la prosecución de una guerra que, sobre ser injusta y altamente impolítica, le era gravosa en extremo y superior á sus recursos.»

Sobre los medios de la España para seguir la guerra, dijo en suma: «Que era visto que la España se encontraba bajo el peso de una deuda exorbitante.... que los donativos, por más grandes que se estimasen, eran buenos para probar el honor y la lealtad de España, pero no bastantes para los gastos de una guerra tan costosa; que era poco de esperar que estas grandes demostraciones de los pueblos se acrecieran en adelante, porque en la realidad no tenían una impulsión producida, como en Francia, por la energía del fanatismo democrático, ni procedían tampoco de un fervor y entusiasmo religioso, propio de otras edades, pero ajeno de la nuestra, mediante cuya fuerza se pudiera contrarrestar el ardor republicano de la Francia.... que si, cual era de temer, á nuestros triunfos obtenidos se seguían reveses, el calor de los pueblos podría disminuirse, faltar la confianza, retirarse los caudales y acabarse los medios; y por último, que las quiebras y

reveses de la guerra que se había empeñado eran más que probables, casi ciertos, vistas las medidas poderosas que se ponían en obra por la Francia, y la masa de combatientes que acudía á la frontera.»

El conde apuró entonces toda suerte de argumentos para mostrar los riesgos que ofrecía aquella guerra empeñada, dijo: «contra un pueblo inmenso, donde el espíritu de libertad é independencia se había desarrollado como en los grandes tiempos de la Grecia y de la Italia; guerra desigual, donde á soldados, máquinas y siervos oponía la Francia, por centenares de millares, ciudadanos inteligentes y abrasados en amor de la patria; guerra en que pueblos viejos y llagados bajo el yugo y bajo el palo de sus dueños las tenían que haber contra falanges de hombres nuevos, recién emancipados y en el primer ardor del fuego democrático; guerra, en fin, contra un pueblo que, á su poder en luces, en industria y en recursos ordinarios, allegaba la fuerza de una revolución que ponía á su mandado (lo que en otra ninguna parte podía hacerse) todas las voluntades y todas las fortunas....» Después se esforzó en mostrar con largos pormenores las miras perniciosas y encontradas de ambición que impedían la unión sincera de los principales gabinetes coligados, sus mezquinas rivalidades y sus planes de guerra discordados, que ayudaban á la fortuna de la Francia. «Si llega el día (exclamaba cerca ya del fin de su discurso), el día que yo me temo de una ó más desgracias decisivas en el Norte de la Europa, la España sola de este lado tendría que pelear contra una fuerza inmensa que caería sobre ella de repente, y en tan grave conflicto, salvo á esperar en los milagros estupendos del apóstol Santiago, nadie podría impedir que fuere hollada y conquistada por la Francia.»

Ya hemos dicho el escándalo que produjo en la sesión de Aranjuez el discurso de Aranda, que, aunque atrevido en las ideas y aún más rudo en las formas, encerraba un fondo de verdad, de cordura y patriotismo que sólo pudo ser desconocido en un consejo de aduladores cortesanos. Godoy, que fué quien con más calor le combatió, fué asimismo quien luego



solicitó la paz con igual afán del que había empleado para impeler á Carlos á la guerra; contradicción estraña, obrada sin duda por el desengaño, de la cual pretendió en vano justificarse. Si la reacción manifestada el 9 Thermidor era la razón de su cambio de política, ¿por qué no lo verificó más oportunamente en 93, cuando los girondinos y los realistas amenazaban consumir la república en la hoguera de la guerra civil? ¿Por qué no pensó entonces, como después, que, «sin enemigos que combatir de la parte de afuera, el valor de los ánimos se había vuelto todo entero contra los enemigos interiores, y el instinto del orden, la sed de justicia, el cansancio de la anarquía, el sentimiento religioso indestructible, el poder de los antiguos hábitos y la luz más que todo, la reciente lección de la experiencia, habrían hecho reedificar sobre bases estables bien trazadas el gobierno monárquico, dando fin á tantos males?» ¿Por qué desoyó á Aranda cuando

anunciaba proféticamente lo mismo que después tuvo que reconocer, que se sucedería entre las naciones coligadas «á la querrela de principios, la querrela de intereses, hartos más difícil de acallarse?» ¿Por qué, finalmente, no conoció después de la primera campaña, cuando nuestras armas podían conseguir más ventajosas condiciones en un arreglo, que la «fatalidad de los sucesos, alargando el conflicto de las armas, alargaba también la vida á la república?» ¿Cómo es que viene luego á declarar que «en mal hora para la Europa fué seguida aquella lucha?»

La verdad es que reconoció las funestas consecuencias de la guerra y cuán impolíticamente la había emprendido. ¡Y no obstante, el que había aconsejado oportunamente la paz seguía desterrado! ¡y el que había comprometido á la nación en la guerra se hizo titular «príncipe de la Paz!...»